

ANNA GARCIA



COON

FINNA

DOOS

ANNA GARCIA

CON
FINA
DOS

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2020 Anna García

© 2020 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Confina-dos, n.º 2 - abril 2020

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 978-84-1348-590-4

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos

Parte 1: Silvia y Alex. 6º 2º

Parte 2: Héctor. 4º 1º

Parte 3: Confraternizando con el enemigo

Parte 4: Todo saldrá bien

Parte 1: Silvia y Alex. 6º 2º

“Estiramos... Mantenemos durante diez segundos... No os olvidéis de la respiración... Utkatasana...”

—¿Qué haces?

—Yoga.

—¿Eso es yoga? Parece que le estás gritando a la vecina mientras tienes retortijones.

—Shhhh. Por favor. Que me desconcentras.

—¿Desde cuándo practicas yoga?

—Desde hoy mismo, y pienso hacerlo todos los días.

—Ya. Claro.

—Vete. No me hagas hablar, que me tengo que concentrar en respirar.

—¿Desde cuándo te tienes que concentrar en...?

—Alex, ya. ¿No tienes nada que hacer en vez de molestarme?

—Uy, sí. Un montón —contesta con sarcasmo—. Quedaría con mis amigas, pero resulta que me obligas a quedarme en casa...

—Claro. Porque el virus este lo he creado yo en la Thermomix, ¿no te fastidia! Que no lo digo yo, Alex, que lo dice el gobierno. Que no podemos salir. Ni tú, ni yo, ni nadie.

—La vecina de enfrente sale. —Muy seria, dejo de mirar la pantalla de mi Tablet para centrarme en mi hija—. La vi anoche.

—Estaría sacando la basura...

Alex me mira enarcando una ceja mientras niega con la cabeza.

—Y no tiene perro —insiste—. Y no eran horas para ir a la farmacia o al médico.

No me extrañaría que esa loca estuviera pasándose por el arco del triunfo la prohibición de salir. Es la misma que pone la música de Raphael y el Puma a todo trapo todos los domingos por la mañana. La misma que vive asomada a la mirilla y no duda en abrir la puerta en cuanto ve algo que no le agrada. La misma que se queja constantemente de que sus vecinas de arriba, un grupo de estudiantes, pisan muy fuerte en el suelo y hacen un ruido infernal. La que tiene frita a la cartera, que en breve se negará a repartirnos más cartas. E incluso tengo grandes sospechas de que es ella la que roba ropa de los tendederos del terrado.

—El friky ese ha cambiado de postura hace rato... —dice Alex, señalando la pantalla de mi Tablet con un dedo y devolviéndome al presente de golpe.

Chasco la lengua y me doy por vencida.

—¿Y deberes? ¿No tienes?

—Ya los he hecho todos.

—Ni de coña.

—¿Por qué nunca me crees?

—Porque tu fama te precede.

—Te lo juro, mamá.

—De acuerdo. Te creo. Sígueme.

Por el rabillo del ojo la veo caminar detrás de mí con expresión satisfecha por haberse salido con la suya. O eso le hago creer el tiempo que tardo en ponerle en la mano un trapo y un bote de limpia muebles.

—¿Qué es esto?

—Esto es un trapo y esto... —Giro el envase para que pueda leer la etiqueta, pero ella me corta antes.

—¡Ya sé lo que es! ¡Me refería a por qué tengo que hacerlo yo!

—Porque yo tengo que bajar a comprar y así te mantienes ocupada.

—Prefiero bajar yo a comprar.

—No puedes.

—¡¿Por qué?!

—Porque los niños sois los que más lo...

—Mamá, no soy una niña —me corta—. Tengo catorce años.

—Lo que tú digas. Mi respuesta sigue siendo no.

—¡Esto es muy injusto! ¡Me haces parecer una apastada! ¡Encerrada en esta mierda de piso! ¡A ver si viene ya papá a buscarme!

—Pues siento comunicarte que han recomendado que los hijos de padres separados pasen el confinamiento con el progenitor con el que lo hayan empezado.

—¡¿Qué?!

—Yo tampoco estoy entusiasmada con la idea, así que menos dramas.

—Fantástico... —resopla, dándome la espalda con el teléfono ya en la mano—. Esto no se va a quedar así. Voy a hablar con papá y seguro que vendrá a por mí, aunque tenga que infringir la ley.

—Sí, seguro que sí. Dejará a su amiguita en casa y vendrá corriendo a buscarte —susurro, justo antes de salir de casa.

Apoyo la espalda en la puerta, cierro los ojos y respiro profundamente.

Esta mañana ha salido un psicólogo en la televisión explicando los posibles efectos negativos que esta situación podría provocar. Decía que el confinamiento podría llevar al enfado, a la frustración, al miedo o a la locura, y que todo eso podría ir a más con el paso de los días. Yo llevo solo tres días confinada en casa con mi hija y puedo asegurar que he pasado ya por todos los estadios.

El psicólogo daba algunos consejos para poder sobrellevarlo más o menos bien, tales como marcarse una rutina, hacer algo de deporte y hablar con amigos y familiares, ya sea en persona o por teléfono.

Nosotras, hablar, hablamos. Y nos gritamos también. A veces incluso nos insultamos un poco. También hablo por teléfono con mi familia, aunque a mi padre aún le cueste un poco hacerse con las nuevas tecnologías, con amigos e incluso realizo videoconferencias con mis alumnos del instituto. Así que esa parte la cumplo.

¿Deporte? Si soy sincera, nunca he sido amante del deporte. Tampoco es que mi horario en el instituto y la preparación en casa de las clases me dejaran mucho tiempo para practicarlo, pero me he propuesto que el confinamiento no me lleve al sobrepeso, así que pongo todo de mi parte para lograrlo. Si no me interrumpen como hoy, claro está. Ya sé que mi estilo no es el más depurado, y

quizá mis mallas tienen más años que Alex, pero el mérito está en intentarlo, ¿no?

—¿Qué estás haciendo tanto rato en el rellano?!

La voz de la vieja loca me sobresalta, y clavo la mirada en la puerta de delante.

—Señora, métase en sus asuntos.

—¡Voy a llamar a la policía!

—¿Y por qué motivo, si se puede saber?

—¡Porque solo se puede salir de casa para comprar bienes de primera necesidad e ir al médico!

—¡Y a eso voy, señora!

—¡Sin entretenerse por el camino!

Resoplando y fulminando su puerta con la mirada, empiezo a alejarme hacia las escaleras. Al llegar a la calle, aún maldiciendo a la vieja, me tapo la boca y la nariz con el pañuelo que llevo anudado al cuello y me dirijo al supermercado situado al final de la calle. Con el paso acelerado y la cabeza agachada, miro por el rabillo del ojo a un lado y a otro. Me siento como si estuviera haciendo algo ilegal, como si me estuviera escondiendo. Me consuela que el comportamiento de la poca gente con la que me cruzo sea igual que el mío. Un señor mayor incluso ha cruzado de acera para no tener que pasar cerca de mí. Lo entiendo, aunque no puedo evitar sentirme algo mal por ello.

Una vez dentro del supermercado, me sorprende ver que reina el caos absoluto. Hay pasillos enteros con estanterías totalmente vacías. Algunos clientes corren empujando un carrito, mirando a un lado y a otro, sucumbiendo al pánico por no encontrar lo que buscan. Un par de agentes de seguridad intentan que mantengan la calma, sin éxito alguno.

—La gente está fatal... —susurro mientras camino hasta el pasillo de los lácteos. Cuando llego, me quedo totalmente en shock—. ¿Dónde...?

Giro sobre mí misma, algo desubicada. Un carrito me golpea por la espalda. Dolorida, me doy la vuelta en busca de una explicación o disculpa, pero a la señora parece importarles bien poco mi estado, y enseguida se pierde por otro pasillo.

—Perdone... ¿dónde está la leche? —le pregunto a una empleada del súper, que me mira con expresión de agobio antes de contestar.

—Estaba ahí.

—¿Estaba?

Vuelvo a mirar hacia las estanterías vacías, atando cabos, de repente consciente de que las imágenes de supermercados desabastecidos, con interminables colas de clientes, son la cruda realidad.

Empiezo a sentir agobio al imaginarme abriendo la nevera y encontrándola vacía, teniéndome que conformar con una rama de apio mojada en hummus. Presa del pánico, acelero el paso y recorro los pasillos a la carrera, llenando el cesto sin ningún criterio específico.

—Mantengan la distancia —me pide la cajera una vez me pongo en la cola y yo la miro recelosa, agarrando mi cesta de la compra como si temiera que alguien me la fuera a robar.

En el fondo, no respiro tranquila hasta que salgo de nuevo a la calle, con una extraña sensación de victoria, como si hubiera conseguido pasar una prueba. Con mi bolsa colgada al hombro, de nuevo con la boca y la nariz tapadas, corro hacia casa.

Una vez en el ascensor, resoplo agotada y miro mi reflejo en el espejo. Empiezo a tener un color cetrino nada favorecedor. Quizá podría subir al terrado la hamaca de playa y aprovechar para tomar el sol. Así también podría vigilar que nadie hurte ropa ajena. Con esa idea aún en la

cabeza, meto la mano dentro de la bolsa. Saco una botella de horchata y la miro detenidamente. No es que me guste especialmente y creo que es la primera vez que la compro. En realidad, empiezo a preguntarme por qué lo he hecho. Y sigo con la misma sensación cuando echo un vistazo dentro de la bolsa y veo la coliflor, la lata de melocotón en almíbar, la caja de conos de fresa y las toallitas de bebé.

—Ni siquiera me gusta demasiado la fresa —susurro con la caja en la mano mientras se abre la puerta del ascensor y salgo al rellano.

—¿Eso es un bien de primera necesidad?! —Escucho a la vieja gritar, consiguiendo asustarme de nuevo.

No me lo puedo creer...

—¿Señora, por favor! ¡Háganos un favor a todos y céntrese en *Qué bello es vivir!*

—¡Voy a llamar a la policía!

—¡Y yo al asilo! ¡A ver si le hacen un hueco!

En cuanto cierro la puerta de casa a mi espalda, descubro a Alex al final del pasillo, de brazos cruzados y con gesto de reproche.

—¿Haciendo amigas? —me pregunta.

—Esa mujer es insufrible —digo, camino a la cocina.

—¡Hostias, helado! ¡Genial! —grita ella al ver la caja en mi mano, siguiéndome con la clara intención de abrirla y llevarse uno.

—Ni hablar. Hay que racionar la comida, que no puedo estar saliendo cada día a comprar.

—¿Coliflor? ¡Joder, qué asco! ¿Esto qué es? ¿Alcachofas en vinagre? Mamá, ¿qué mierda has comprado?

—Pues... —Rápido, que no te vea dudar. Con convicción. No puede saber que entraste en pánico y compraste lo primero que viste en las estanterías del supermercado—. Tienes que comer más verdura, Alex. ¿Has limpiado?

Intento mantenerme firme y aguanto su mirada de brazos cruzados, impertérrita. Ella me mira durante unos segundos más con una mueca extraña dibujada en la boca, hasta que se da por vencida.

—Sí.

—¿Seguro? —Enarca una ceja dándome a entender que no piensa contestarme—. ¿Y has hablado con tu padre?

Sé la respuesta nada más verle la cara, y también puedo adivinar cómo ha ido la conversación a tenor de su comportamiento esquivo.

—Sí...

—¿Y va a venir a rescatarte? —insisto, cada vez más convencida de la respuesta de su padre, mascando esta pequeña victoria con deleite.

—No. Me ha dicho que tengo que quedarme aquí por mi bien —contesta de forma esquivo, sin mirarme a los ojos—. Y además tiene mucho trabajo...

—Ya. Bueno. Lo siento por ti, entonces —digo mientras me doy la vuelta para intentar que no vea la sonrisa de satisfacción que se ha dibujado en mi cara.

Cuando acabo de guardar todos los deliciosos manjares que he comprado, abro la caja de los helados y le tiendo uno a Alex. Ella lo coge y me sonrío de medio lado. Al ir a guardar el resto en el congelador, veo una luz de esperanza en el horizonte materializada en una pizza sabor barbacoa. La saco con orgullo, consciente de que será el golpe definitivo para meterme a mi hija en el bolsillo.

Parte 2: Héctor. 4º 1º

Me quito el casco de la moto y me peino el pelo con los dedos de la mano, de forma perezosa. Luego me froto la cara y bostezo de forma prolongada. Al principio fui reacio a marcharme el hospital, desoyendo a todos los compañeros que insistían para convencerme. Me negaba a irme porque sentía como si, al hacerlo, les estuviera abandonando en la estacada.

—Héctor, por favor... Vete a casa a descansar. ¿Cuántas horas llevas currando?

—Estoy bien.

—Imposible. Llevas más de cuarenta y ocho horas sin parar. Vete a casa. —Desoyendo sus palabras, cojo el historial de otro de los pacientes postrados en una camilla en mitad del pasillo del hospital. Las Urgencias están tan colapsadas que colocamos a los pacientes donde podemos, a la espera de ser atendidos. Dani pone una mano encima del historial para impedirme leerlo y me lo quita al rato—. Vete. A. Casa. Ahora. Es cierto que te necesitamos, pero descansado y en plenitud de facultades. Ahora mismo, eres más peligroso que útil.

Así que, después de hacerme de rogar, le hice caso y aquí estoy, sentado sobre mi moto, con los brazos apoyados en el casco, intentando poner en orden mis pensamientos. Aún me cuesta creer que todo esto esté pasando en realidad. Las calles desiertas, los hospitales colapsados y los supermercados vacíos son más propios de una película apocalíptica.

Antes de subir a casa, entro en el colmado de Hamza para comprar algo de pan.

—Hola, Héctor. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

—Bien también.

—¿Y tu mujer y los niños?

—Bien. Asustados, pero bien.

—Cualquier cosa, ya sabes dónde vivo.

—Gracias —me responde con una sonrisa agradecida.

—¿Te queda algo de pan? —le pregunto.

—Creo que al fondo hay pan para hamburguesas...

—Bueno. Menos es nada —contesto, encogiéndome de hombros.

—Tienes aspecto de cansado —comenta cuando estoy de nuevo frente a él—. ¿Mucho trabajo en el hospital?

—Sí.

—Es más grave de lo que nos hacen creer, ¿verdad?

Le miro durante unos segundos, valorando si decirle la verdad o engañarle.

—Saldremos de esta —opto por contestar, guiñándole un ojo para infundirle confianza y afianzar mis palabras.

Parece funcionar, porque él sonrío abiertamente, asintiendo a la vez con la cabeza. Levanto la palma de la mano para despedirme al tiempo que salgo de la tienda y camino hacia mi portal. Normalmente subo por las escaleras, corriendo y retándome a mí mismo para hacerlo cada vez en menos tiempo. Hoy no. Hoy subo en el ascensor. Apoyado en una de las paredes, observo mi reflejo en el espejo. Realmente no tengo buen aspecto. Si un paciente me viera acercarme con estas pintas, no creo que creyera que está en buenas manos.

Lo primero que hago al entrar en casa es quitarme la ropa y meterla dentro de la lavadora. Luego, dejo las zapatillas de deporte en el lavadero y me dirijo hacia el baño para pegarme una ducha. Toda precaución es poca cuando vengo de un sitio tan contagioso como un hospital.

Pierdo la noción del tiempo. Plantado bajo el chorro de agua, dejo que esta golpee suavemente mi cabeza y mis hombros mientras apoyo las palmas de las manos en las baldosas.

Cuando salgo, me visto con un pantalón corto y una camiseta vieja, cojo una cerveza y un par de los panecillos que he comprado antes, que pienso zamparme sin molestarme siquiera en rellenarlos con alguna loncha de embutido, y me dejo caer en el sofá. Cojo el móvil y busco el teléfono de mi padre.

—Hola, hijo —me responde al primer tono.

—Vaya. Qué rápido —comento.

—Es que estaba haciendo un Sudoku.

—Ah, muy bien. ¿Cómo estáis?

—Bastante bien, teniendo en cuenta las circunstancias. ¿Y tú?

—Ya sabes... cansado, pero bien.

—¿Estás en casa?

—Sí. Me han... obligado a tomarme un descanso.

—Me alegro. ¿Cómo están las cosas por el hospital?

—Bien.

—No hace falta que me mientas. Soy viejo, pero tengo televisión y tu madre me obliga a ver todos los programas especiales acerca del Coronavirus. Es lo único que se ve en casa, aparte de los gemelos esos que tiran paredes. —Se me escapa la risa—. Yo no me río. Ahora no para de imaginar cómo quedaría el comedor si tiráramos la pared que lo separa de la cocina. Concepto abierto, lo llama ella. Si no me mata el colesterol, lo harán tu madre y sus ideas de bombero. —Resopla de forma prolongada antes de continuar—: ¿Y bien?

—No es fácil, papá, pero vamos haciendo progresos.

Decidí parecer algo más optimista de lo que ahora mismo me siento.

—Eso es bueno, ¿no?

—Sí.

—Vale. —Le escucho hablar con mi madre de fondo—. No se lo voy a preguntar. No. Porque no hace falta. Me vas a volver loco... Está bien. Espera. Hijo.

—¿Sí?

—¿A que no está permitido ir a la peluquería?

—¿A la...? ¿Mamá tiene intención de ir a la peluquería?

—Dice que tapar sus canas es cuestión de primera necesidad.

—¡No puede hacerlo!

—Gracias. Dice que no puedes hacerlo. —Los escucho discutir durante unos minutos en los que yo intento meter baza, sin éxito. La voz de mi madre se vuelve cada vez más débil, y entonces mi padre vuelve a hablarme—: Cualquiera día la tienes que ir a buscar al cuartelillo. O eso, o acaba

conmigo.

—No la dejes salir. Dile que haga una lista de lo que necesitáis del supermercado y mañana os lo voy a buscar yo.

—Ya la ha hecho. ¿Le hago una foto y te la envío al móvil?

—Ajá.

—No sé si lo encontrarás todo. La vecina nos ha dicho que faltan muchas cosas en los supermercados. Al menos, verdura no hace falta que nos compres, porque la iré a coger yo mañana al huerto.

—¿Qué?! ¡No! ¡Por supuesto que no!

—¿Hay escasez?

—¡No! ¡Me refiero a que no puedes ir al huerto, papá!

—¿No? ¿Por qué no? Voy a por verdura. Es como ir al supermercado.

—No, papá. No puedes.

—Pues no lo entiendo.

De fondo escucho a mi madre.

—Si yo no puedo ir a la pelu, tú tampoco al huerto.

—Mari Carmen, no me calientes —se queja mi padre.

—Papá.

—¡No es lo mismo!

—Papá, por favor.

—¡Porque lo que yo hago en el huerto es cultivar un bien de primera necesidad! ¡Tú te haces el tinte!

—¡Papá! —Me froto el puente de la nariz con dos dedos, recostando la espalda en el respaldo del sofá—. ¡Papá!

—Dime, hijo —dice al fin, prestándome atención.

—Yo os compro las verduras, ¿vale?

—Está bien. Tranquilo. No saldremos. Confía en mí.

—De acuerdo. Mañana hablamos. Voy a intentar dormir un poco.

—Vale. Descansa, hijo. Mamá te manda besos y dice que te ha preparado unas lentejas. Dice que te las meterá en el ascensor cuando nos traigas la compra.

—Genial. Dale las gracias.

—Parece que estamos haciendo contrabando con las legumbres —ríe mi padre, contagiándome su risa, que mantengo incluso un rato después de colgar, camino del dormitorio.

Estoy tan cansado que pensaba que me dormiría nada más tumbarme en la cama, pero media hora más tarde sigo dando vueltas sobre el colchón buscando la postura. Aburrido, decido darme por vencido y ponerme en pie. Voy hacia la cocina, abro la nevera y cojo otra cerveza. Me acerco a la ventana del salón y miro al cielo oscuro.

Necesito aire. Necesito respirar.

Decidido, salgo de casa con las llaves en el bolsillo. Subo los escalones de dos en dos, como si estuviera en una contrarreloj hacia mi objetivo. Abro la puerta del terrado como si me faltara el aire y camino de forma precipitada hasta la balaustrada de ladrillo. Apoyo las palmas de las manos en ella mientras lleno mis pulmones de aire. A mis pies, las luces de la ciudad resplandecen llenas de vida. Desde aquí, todo parece normal. La oscuridad de la noche lo camufla todo. Pero, en el fondo, todo ha cambiado. Y dudo mucho que nuestra vidas vuelvan a ser como antes: desde nuestra manera de relacionarnos hasta nuestros hábitos de consumo.

—¡Oh, joder! ¡Menos mal! ¡Aire! —Me doy la vuelta, sobresaltado. A unos metros de mí, una mujer en chándal empieza a dar pequeños saltos desacompañados, estirando los brazos al aire—. Uno, dos. Uno, dos. Rodillas arriba. Uno, dos. Uno, dos. Talones contra el culo. Uno, dos. Uno, dos.

Carraspeo varias veces para intentar llamar su atención, pero parece tan concentrada que no repara en mí.

—Disculpa... ¿Hola?

—¡Ah, joder, qué susto! ¡¿Qué cojones haces aquí?! ¡¿No estarás robando ropa?! ¡¿Eres tú el que roba mis tangas?!

—¿Qué? ¡No! Yo solo... —Confundido, extendiendo los brazos y miro alrededor—. No puedes...

—¡Te lo advierto! ¡No tiene gracia! ¡Y me gustaría recuperar mi ropa interior y...!

—¡Espera, espera, espera! Yo no te he robado la ropa. No he robado nada de nada.

—Y entonces, ¿qué haces aquí? —me pregunta.

—Respirar. Simplemente.

—Ah —responde, puede que incluso algo decepcionada—. Siento haberte acusado.

—¿Insinúas que hay un ladrón de lencería en el bloque?

—Sí. Aunque no solo de lencería. Me han desaparecido un par de tangas, la parte de arriba de un pijama y un vaquero.

—Vaya —digo, levantando las cejas—. Todo un profesional del crimen. ¿Y tratabas de espantarlo con esos... movimientos?

—¿Perdona? —Me mira como ofendida, cruzando los brazos sobre el pecho—. Estaba haciendo gimnasia.

—¿Eso era...? —Cuando la veo enarcar una ceja, decido modificar mis palabras—. No puedes hacer ejercicio en zonas comunes.

—¿Y eso quién lo dice?

—¿Quién lo...? ¿El gobierno? ¿Las autoridades? ¡Todo el mundo lo dice! Subir aquí arriba a hacer deporte es como si hicieras *footing* alrededor del bloque.

—Pues entonces, si nos ponemos así, subir aquí arriba a tomarse una cerveza es como si bajaras al bar de la esquina a beber. Y eso, que yo sepa, también está prohibido.

Nos mantenemos la mirada durante unos segundos, como si nos estuviéramos retando.

—Necesitaba... un respiro —susurra ella finalmente.

Y de repente la tensión se diluye. La entiendo, porque es justamente para lo que yo he subido: para respirar.

—¿Día duro? —le pregunto.

—Días. En plural. Tengo que lidiar con una hija de catorce años que se piensa que todo esto lo he orquestado yo para impedirle salir con las amigas, con ciento cuarenta alumnos a los que tengo que mantener ocupados de lunes a viernes y con una vecina loca que me vigila y me hace la vida imposible.

La miro frunciendo el ceño.

—¿En qué piso vives?

—En el... sexto segunda... —me contesta con tiento.

—No está loca. Tiene demencia. —Me mira con expresión sorprendida—. La he tratado alguna vez en el hospital. Soy médico.

—Ah... Vaya... Ahora me siento algo... cabrona.

—No pasa nada. No podías saberlo.

—No solo por lo de la vecina, sino también por... reprocharte que estuvieras aquí arriba. Creo que necesitabas respirar más que yo.

—Bueno. Cada uno soporta lo suyo.

—No te quites méritos —dice, acercándose también hacia la balastrada y apoyando los antebrazos en ella—. ¿A esta distancia estoy bien?

Asiento con la cabeza y ella pierde la mirada en el horizonte, dejándome unos segundos para observarla detenidamente.

—¿Vives... solo?

—Ajá —respondo de forma distraída, centrándome en ella.

Lleva el pelo recogido en una cola descuidada de la que cuelgan varios mechones de pelo sueltos y viste con un chándal raído que seguro que vivió sus días gloriosos durante el mundial de fútbol del ochenta y dos. Sin pretenderlo, me quedo un rato mirando su trasero respingón.

—¿Soltero? ¿Divorciado?

—Lo segundo. Pero no llegamos a tener hijos, así que supongo que es más fácil pasar página.

—¿En serio?

—Eso dicen. Aunque, entre tú y yo, te deja igual de jodido.

—Ya me parecía a mí. ¿En qué hospital trabajas?

—En el Clínico.

—Bueno es saberlo... Nunca se sabe cuándo te voy a necesitar. ¿Especialidad?

—Normalmente, fisioterapeuta. Estos días, lo que haga falta. ¿Y la tuya? Apostaría lo que fuera a que no es la Educación Física.

—¿Algo que objetar a mi perfectos y coordinados movimientos? —Se me escapa la risa al ver que ella también sonrío y se lo toma en broma—. Matemáticas.

—¿En serio? Siempre las he odiado.

—Porque no las has entendido. Como todo en esta vida. Tendemos a odiar lo que no entendemos.

—Supongo que tienes razón —comento, valorando sus palabras hasta el punto de darme cuenta de que no le falta razón.

—La tengo. Siempre —añade—. Vete acostumbrando a ello.

—¿Insinúas que vamos a seguir viéndonos?

—Algo me dice que vamos a seguir necesitando subir a respirar durante unos días más.

—Mañana tengo guardia de nuevo.

—Bueno, cuando no la tengas, aquí estaré. Soy Silvia, por cierto. Tu vecina del sexto segunda.

—Héctor. Cuarto primera.

Ella empieza a alejarse, asintiendo con la cabeza.

Parte 3: Confraternizando con el enemigo

—¿Qué haces? —me pregunta Alex, dejándose caer a mi lado en el sofá.

—Trabajar.

—¿Otra vez?

La miro con las cejas levantadas mientras ella resopla de forma sonora para demostrarme su aburrimiento, como si no me hubiera dado cuenta de ello yo solita.

—Otra vez, sí. Tengo que trabajar todos los días. ¿Te lo puedes creer? —comento en tono sarcástico mientras ella pone los ojos en blanco—. Bienvenida al mundo real, cariño.

—Ya me entiendes...

—Tengo que mantener entretenidos a mis alumnos para que dejen en paz un rato a sus padres. ¿Te suena? Tus profesores habrán hecho lo mismo. ¿Has comprobado tu correo electrónico?

—Paso.

—Gracias, pero yo no paso. Me parece que me has entendido mal. No era una sugerencia, sino una exigencia.

—Joder, mamá... —se queja, poniéndose en pie—. Te prefería cuando salías más de casa.

—Créeme, el sentimiento es mutuo —digo mientras la veo perderse por el pasillo, justo antes de centrarme de nuevo en la pantalla de mi portátil para seguir contestando los correos electrónicos de mis alumnos. Algunos de ellos no pueden disimular su alegría por el hecho de no ir a clase, mientras que otros empiezan a agobiarse por los exámenes y las pruebas de selectividad.

—¡Serán negreros! —Escucho quejarse a Alex a lo lejos, al tiempo que se me dibuja una sonrisa maléfica en el rostro, agradeciendo a sus profesores que me quiten de vez en cuando el título honorífico de “persona a la que más odia Alex”.

Agotada después de varias horas frente al portátil, desesperada con algún alumno, me froto la cara con ambas manos y me peino el pelo hacia atrás. Miro el techo durante unos segundos, intentando dejar la mente en blanco.

El problema con eso es que, últimamente, mi mente me juega malas pasadas y se resiste a quedarse tranquila. La muy perversa se entretiene colándome a Héctor en todos y cada uno de mis pensamientos. Da igual lo que esté haciendo, siempre consigue que su imagen aparezca en mi cabeza.

—Voy a... ver la tele —digo con decisión, cogiendo el mando a distancia y encendiéndola.

Enseguida aparece la imagen de un colapsado hospital de Madrid donde los pacientes se amontonan en los pasillos. No me ayuda. Cambio de canal.

Programa de cotilleo. No los soportaba antes, así que no creo que eso haya cambiado en estos días. Cambio de canal.

Más noticias y programas especiales acerca del virus. Cambio de canal. Varias veces.

Programa de reformas. Van a reformar un baño con menos de doscientos dólares. ¿En serio? ¿Cómo quedarían las baldosas del baño si las pinto? Creo que sobró algo de pintura del salón hace un par de años. ¿Servirá la misma? ¿Y si tiro la pared y lo agrando un poco? Vale. Suficiente. Cambio de canal.

Telenovela turca. El chico está bien. Tiene pelazo y un mentón prominente. Mira, se va a quitar la camiseta. ¿Pero esto qué es? Si tiene más tetas que yo. Apago la tele.

Y entonces, mi mente encuentra otro de esos momentos ideales para volver a colar a Héctor. Esta vez, rememoro la parte de la conversación que tuvimos acerca de mi vecina, la que yo pensaba que estaba loca y resulta que tiene demencia. Quizá podría ir a ver si necesita algo... De hecho, sería un gesto muy loable.

Decidida, me pongo en pie de un salto. Me pongo la sudadera, que reposaba en el respaldo de una silla, y una de las mascarillas que compré en mi última incursión a la farmacia.

—Alex, salgo un momento.

—¡Qué injusto!

—Voy a ver si la vecina necesita algo.

Su silencio demuestra que mi gesto la ha dejado tan sorprendida como a mí cuando se me ha ocurrido. Pero no me va a hacer cambiar de opinión. Es un buen gesto que todos deberíamos hacer. Lo han dicho por la tele.

“¿Lo ves? Héctor te hace ser mejor persona”.

—Mierda —susurro contrariada.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Alex, que asoma la cabeza por el pasillo.

—Perfectamente.

—¿Estabas hablando sola?

—¿Qué? ¡No!

—Te he oído.

—Entonces, ¿para qué preguntas?

—Te lo advierto, mamá. Al más mínimo indicio de enajenación mental, llamo para que te encierren.

Chascando la lengua, me doy la vuelta y camino hacia la puerta principal, dispuesta a realizar mi buena acción. Cierro la puerta de mi casa y camino hacia la de delante. Llamo al timbre y retrocedo un paso. Me peino el pelo con ambas manos y sonrío. Luego me acuerdo de que llevo la mascarilla puesta, así que relajo un poco el gesto. Entonces escucho ruido al otro lado de la puerta y veo el ojo de mi vecina en la mirilla. Levanto la palma de la mano y vuelvo a sonreír.

—¿Hola? —pregunto al cabo de un buen rato.

—¿Qué narices quieres?

—Me preguntaba si me necesita para algo.

—¿Tomas drogas?

—Eh... ¿Qué? ¡No! ¡Claro que no! ¿Por qué me pregunta eso? —Pero entonces mi cabeza vuelve a mostrarme a Héctor y a recordarme sus palabras, consiguiendo que me apiade de ella al instante—. Solo quiero ayudarla. Puedo ir a comprar por usted, si lo necesita. Así no tendrá que salir.

Se vuelve a hacer el silencio, aunque sé que ella sigue al otro lado de la puerta. Puede que no haya sido una buena idea, que no quiera mi ayuda, que no se fíe de mí. Así que ahora está ahí plantada, sin saber qué hacer.

Pero entonces, la puerta se abre unos centímetros y veo aparecer el rostro de mi vecina. Me mira de arriba abajo a través de sus enormes gafas, con los labios apretados hasta formar profundas arrugas alrededor de su boca.

—¿Me traerías anís? —me pregunta con recelo.

—Eh... —No sé si es una buena idea darle alcohol a esta señora, pero es la oportunidad perfecta para hacer una buena acción y sentirme mejor. ¿Tomará medicación para la demencia? Se lo preguntaré a Héctor la próxima vez que le vea. ¡Mierda!—. Por supuesto.

—Pues que sean dos botellas. Gracias.

Y cierra la puerta dejándome con la boca abierta.

—¿Ahora? —pregunto, pero no obtengo respuesta, así que me encojo de hombros y, resignada, miro hacia las escaleras durante un par de segundos, justo antes de empezar a bajar por ellas.

Son cerca de las siete, así que no voy a ir hasta el supermercado. Mejor le hago una visita a Hamza.

—¡Hola! —me saluda nada más entrar, como siempre, con una enorme sonrisa en la cara.

—Buenas noches, Hamza. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y usted? ¿Y su hija?

—Yo bien. Ella insoportable. Así que, como siempre. —Hamza sigue sonriendo mientras niega con la cabeza, divertido—. ¿Cómo están tu mujer y tus hijos?

—Mi mujer con ganas de salir y de que los niños vayan al colegio. La verdad, a mí me va muy bien venir cada día aquí, así huyo de ellos. Pero eso es nuestro secreto.

—Descuida —le digo, guiñándole un ojo—. ¿Tienes anís?

Me mira con las cejas levantadas.

—No la tenía por una mujer que bebiera anís... Le pega algo más moderno, como un gin-tonic.

—No es para mí. Es para mi vecina de enfrente. Estoy haciendo la buena obra del día.

—Al final de ese pasillo —me comenta. No tardo en encontrarlo. Solo quedan tres botellas, así que decido cogerlas todas—. Creo que este virus, dentro de lo malo, está sacando a relucir cosas buenas, ¿no cree? La solidaridad de la gente, por ejemplo. Los jóvenes ayudan a las personas mayores. Y empezamos a valorar a los verdaderos héroes de nuestra sociedad. Anoche lo hablaba con mis hijos. Dejé de idolatrar a Messi, les decía. Quien nos va a sacar de esto, no es él, sino los médicos.

Asiento con la cabeza, pensando en sus palabras. Anoche mismo lo pensaba yo. Recuerdo a mi madre sermoneándome cuando era adolescente.

—Estudia —me decía—. O acabarás de cajera en un supermercado.

Me acuerdo de sus palabras mientras pienso que, ahora, quienes están al pie del cañón, entre algunos otros, son esas cajeras de las que mi madre hablaba en su día de forma peyorativa.

—Como ese médico vecino suyo... Él sí es un héroe.

¿Médico? ¿Vecino? ¿Se refiere a Héctor? Intento no demostrar la ansiedad que me ha creado con tal solo nombrarle. En vez de eso, dibujo la expresión más interesante y ambigua que puedo y rezo para que siga hablando de él. Cuando me doy cuenta de que no tiene pensado añadir nada más, y que me mira extrañado por mi expresión, me decido a hablar:

—¿Le... conoces?

—Sí. Un buen tipo. Ya me caía bien antes, pero ahora... Viene a veces, cuando acaba los turnos para comprar algo de comida. Y siempre le pregunto cómo está y cómo va la cosa. Sé la respuesta porque la puedo leer en su expresión y en sus ojeras, pero siempre sonríe para infundirme confianza. Él es un héroe. ¿Sabe quién le digo, no?

—Sí... Tengo una ligera idea de quién es... —disimulo, mientras mi mente perversa no cesa en su empeño de mostrarme su imagen con la palabra “héroe” danzando a su alrededor. Me lo muestra incluso sonriendo y mesándose el pelo con una mano, de forma seductora. Y estoy prácticamente segura de que eso no pasó. ¿O sí?

—¿Se encuentra bien?

—¿Eh?

—Se ha puesto pálida de golpe.

—Sí... Estoy...

—Si se encuentra mal, está de suerte. Su vecino, el héroe, está hoy en casa. Se ha pasado antes por la tienda para comprar algo de comida y cervezas.

De nuevo, intento no parecer ansiosa, pero de repente necesito salir de aquí cuanto antes, llevarle las botellas a la loca y subir al terrado. Es algo que he ido haciendo cada noche desde el otro día, aunque él no ha vuelto a hacer acto de presencia.

Así pues, sonrío a Hamza mientras camino de espaldas hacia el exterior. No pretendo ser antipática, pero corro como si me fuera la vida en ello. Subo los escalones de dos en dos, agarrando la bolsa con las botellas con fuerza contra el pecho. Llamo con insistencia al timbre de mi vecina, hasta que me canso de esperar y dejo la bolsa sobre el felpudo. Y lo más curioso de todo: en vez de subir directamente hacia el terrado, entro en casa y me descubro encerrada en el baño, peinándome el pelo a un lado y a otro mientras me pinto los labios.

—¿Mamá? ¿Estás bien? —me pregunta mi hija.

—Sí. Esto... le he dejado ya la compra a la vecina y ahora subo al terrado. A tender.

—Ah...

Entonces abro la puerta y la descubro mirándome fijamente.

—¿Te has pintado para subir a tender?

—Pero ¿qué dices?

Río de forma exagerada para hacerle creer que está diciendo una tontería. Aunque la realidad es que la de estupideces que estoy haciendo por ese tipo sin siquiera saber por qué me tienen algo preocupada.

Sigo riendo mientras me dirijo a la cocina y abro la lavadora. Incluso cuando me doy cuenta de que no tengo ropa que tender, básicamente porque no he puesto nada a lavar. Pero eso no me va a detener, así que saco un puñado de ropa del cesto de la colada y la meto dentro del cesto.

¿Voy a meter ropa sucia en el cesto de tender? Ajá. ¿Voy a tender esa ropa sucia en el terrado? Así es. ¿De veras voy a hacer todo eso para ver a Héctor, a pesar de que pueda que él no suba? Por supuesto.

—Ahora vengo —digo muy resuelta, con el cesto apoyado en la cadera.

—Estás rara. Muy rara. Mucho más de lo habitual.

—Solo voy a tender, y llevo pintada desde esta mañana.

—No.

—Sí.

—Que no.

—¡He dicho que ya estaba pintada y punto!

El sonido del portazo resuena por toda la escalera. Me fijo en el felpudo de la vecina, donde las botellas de anís han desaparecido y en su lugar hay una nota manuscrita. Con letra temblorosa se puede leer un escueto *GRACIAS*. Un simple gesto que hasta hace unas horas parecía impensable, pienso con una sonrisa en la cara y una sensación de satisfacción enorme creciendo

en el pecho.

Nada más meterme en el ascensor, veo mi reflejo en el espejo. ¿No es algo exagerado pintarse para subir a tender? Aunque, por otro lado, eso lo sé yo, él no tiene por qué saber que me he pintado solo para él. ¿Y si no aparece? Pero dijimos que lo haríamos, ¿no? O sea... quedó claro que ambos volveríamos a hacerlo, ¿no? Vale, pero ¿y si no lo hace, el muy impresentable?

Cuando abro la puerta, el aire fresco golpea mi rostro mientras miro a un lado y a otro. Me acerco con tiento y disimulo hacia las cuerdas de tender, hasta que me convengo de que estoy sola. Resoplo desilusionada.

—¿Y ahora qué? Tendré que tender esto porque no puedo volver a bajarlo, ¿no? Eres patética, chica... Y todo por tu culpa —digo, golpeándome la cabeza con los dedos de una mano.

Pero, entonces, escucho el ruido de la puerta al abrirse. Me pongo muy nerviosa. Me agacho, cojo una camiseta y me dispongo a tenderla. Paradójicamente, lo único que mi cabeza puede pensar es qué contestaré cuando Héctor me pregunte por qué estoy tendiendo ropa completamente seca.

Lo más probable es que no sea él, pero aquí estoy yo, escuchando a mi perversa mente.

—Hola. Sabía que te encontraría aquí.

Ah, pues sí es él, pienso exultante de felicidad. De todos modos, antes de darme la vuelta, intento tranquilizarme, parecer que me ha encontrado aquí de forma casual.

—Ah. Oh, qué sorpresa. —Vale, ese acento no me pega nada. Relaja un poco, Silvia, relaja—. Estaba... tendiendo la ropa.

—Ya veo, ya. —Bien. De momento, no parece haberse dado cuenta de que la ropa está completamente seca... y sucia—. Pues... tenía la esperanza de verte aquí arriba. De hecho, te he subido una cerveza.

—¡Ah! Pues... ¡fantástico! No te la voy a rechazar.

Me coloco unos mechones de pelo detrás de las orejas y me acerco a él. Héctor alza las dos manos y da un paso atrás. Ese gesto me coge un poco por sorpresa, y tengo que admitir que me siento algo menospreciada, pero enseguida él se explica:

—Me he duchado y eso, pero, aun así, deberíamos mantener una distancia prudencial de un metro más o menos. Vengo de un sitio repleto de repleto de virus, y toda precaución es poca. Te dejo aquí la cerveza... no he tocado el cristal directamente con la mano. Llevo un guante, ¿ves? — me informa mientras da un par de pasos hacia atrás para que yo me adelante a coger la botella.

—Gracias —digo muy sonriente cuando la cojo y doy un trago.

Él asiente con la cabeza mientras se acerca a la balaustrada y apoya los antebrazos en ella. Agarrando la botella de cerveza con las manos, fija la vista en el horizonte. Realmente parece cansado y algo distraído.

—¿Te puedo pedir un favor? —le pregunto cuando me coloco a su lado, aunque a cierta distancia. Héctor me mira y puedo apreciar las ojeras bajo sus ojos—. Cuéntame una verdad.

—Todo saldrá bien.

—¿Por qué intentas protegerme?

—Porque es lo que tengo que hacer.

—Pero... no lo sabes seguro. No sabes si todo va a ir bien.

Héctor vuelve a perder la vista en el horizonte antes de volver a hablar:

—Cada vez que entra un paciente por la puerta de Urgencias, cuando cruza la mirada conmigo, puedo leer su miedo. Y necesito arreglar eso. Tienes razón, no sé si podré curarle, no lo sé con seguridad, pero lo que sí sé es que voy a hacer todo lo posible por demostrarle que está en buenas

manos. Quiero que se sienta protegido.

Sus palabras me hacen sonreír, me hacen sentir bien. Son como un rayo de luz entre tanta mala noticia. Y justo en ese momento, los vecinos de la calle empiezan a salir a sus balcones para aplaudir. En el momento exacto. Y hoy me apetece aplaudir más fuerte que nunca, y lo hago mirándole fijamente, dedicándole todas y cada una de mis palmas. Héctor agacha la cabeza con timidez, algo abrumado, justo antes de empezar a aplaudir él también.

A lo lejos, se escucha a alguien cantando *Sobreviviré* de Mónica Naranjo. En el bloque de delante, un niño ha salido con un pequeño órgano y empieza a tocarlo. Unos balcones más allá, un chico joven baila al son que el crío toca.

—Todo esto está sacando lo mejor de todos nosotros —comenta Héctor de forma distraída.

—Lo creas o no, no es la primera vez que lo escucho hoy —añado, y entonces, envalentonada, prosigo—: ¿Sabes? Hoy he bajado a comprarle anís a mi vecina.

—Esto... vale...

—Le pregunté si podía hacer algo por ella, y me pidió que le comprara anís. Te lo comento por todo eso de sacar lo mejor de nosotros...

—¿Comprándole alcohol a una anciana con demencia?

A Héctor se le escapa la risa, y algo me dice que necesitaba hacerlo, así que no me molesto por ello.

—¡Ella me lo pidió! Solo traté de... ayudar. —Él sigue riendo, e incluso se seca algunas lágrimas de los ojos—. He hecho un gran esfuerzo. Ten en cuenta que es mi principal sospechosa en el robo de mis tangas.

—Qué desilusión. Pensaba que era yo.

—Estáis ahí, a la par.

—¿Qué tal tu hija? —me pregunta entonces.

—Bueno... —Miro al cielo, intentando encontrar las palabras que no me hagan parecer demasiado mala madre—. Insoportable. Pero a su favor diré que yo tampoco soy fácil, y el confinamiento este nos trae a todos un poco de cabeza. ¿No han multado a un anciano por saltárselo alegando que había salido a cazar Pokemons? Si ese hombre tenía ganas de salir, imagínate una adolescente.

—No la culpo. Yo tengo que batallar todos los días para mantener a mis padres confinados en casa. Mi madre piensa que hacerse el tinte es un bien de primera necesidad y mi padre se ha querido apuntar al voluntariado de la Cruz Roja para repartir comida a los ancianos que lo necesiten. Ya verás las risas cuando vean que tiene ochenta y tres años.

Cuando Héctor sonríe se le forman una arrugas al lado de las comisuras de la boca y de los ojos que denotan el paso del tiempo y dejan constancia de las preocupaciones vividas. Yo encuentro que le hacen parecer más interesante si cabe.

—Siempre puedes dejarla que suba aquí a hacer deporte. Puedes darle unas clases.

—Noto cierto tono de burla en tus palabras. No pensé que mis movimientos te marcaran tanto.

—Ya ves. Soy débil y estoy desesperado. —Abro mucho los ojos, algo ofendida. Él enseguida se da cuenta de ello e intenta rectificar—. O sea. No me refiero a que esté tan desesperado que me pone cualquier cosa. Quiero decir, que no estoy desesperado. Pero que tú tampoco eres cualquier cosa. Salta a la vista que estás muy bien y... ¡Ah, joder!

—Héctor. Está bien.

—No. No lo está. Quiero dejar claro que no soy un salido, que tú estás bien y que me pones.

Ambos nos quedamos callados durante unos segundos, asimilando sus palabras. De repente me

doy cuenta de que un tío al que casi no conozco y con el que no he conversado más de media hora, me acaba de confesar que le pongo y que no es un salido. Y claro, se me escapa la risa de forma irremediable. Afortunadamente, consigo relajar el ambiente y contagiarle la risa él, que parece respirar aliviado al ver que no me ha molestado su comentario.

Los dos miramos al horizonte, hacia las miles de luces de Barcelona sin fijarnos en ninguna en concreto. Hay un componente nostálgico en ello, algo que me hace sentir pequeña e insignificante.

—¿Sabes qué echo de menos? El metro en hora punta. —Me mira levantando las cejas—. Siempre me ha gustado el olor, y nunca me ha molestado el bullicio. La sensación de ir hacinada en un vagón, de pensar que mucha gente va en una misma dirección... y luego salir a la superficie y que el sol cegara mis ojos. ¿Y tú? ¿Qué echas más de menos?

—Las ganas de volver a casa. Antes, me encantaba el olor que me inundaba al traspasar la puerta. O la sensación de descalzarme y sentir la tarima vieja bajo mis pies. Ahora, estar aquí significa no estar en el hospital. Y, aunque sé que tengo que descansar, no lo hago del todo, machacándome la cabeza. —De nuevo, aunque entiendo su postura, me duele un poco que me confiese abiertamente que no le apetece venir a casa. En realidad, no nos conocemos prácticamente de nada, y tiene todo el derecho del mundo a no sentir la misma excitación por verme que siento yo por él. Pero entonces...—. Así que gracias.

No quiero hacerme demasiadas ilusiones, pero sus palabras han producido un pequeño espasmo en mi interior.

—De... nada, supongo. Aunque no sé realmente qué he hecho.

—Esto. Hacerme reír, hacerme olvidar. Hoy, cuando me han obligado a tomarme un descanso, les ha costado menos convencerme porque... bueno... me ilusionaba la idea de subir y encontrarte aquí arriba. —Abro y cierro la boca varias veces, aunque soy incapaz de emitir ningún sonido. Afortunadamente, él se ha empeñado en llenar este silencio incómodo—. Así que, en el fondo, supongo que estoy en deuda contigo, porque puede que me estés devolviendo las ganas de volver a casa.

—Guau —consigo decir pasado un buen rato.

Héctor parece nervioso, porque rehúye mi mirada de forma consciente. Hace mucho que no hago esto, que no intento ligar con nadie, pero mi sexto sentido no puede estar tan desentrenado. Si un tipo parece nervioso después de una pequeña confesión como esta, quiere decir algo, ¿no? O sea, siendo clara, le gusto, ¿verdad?

Parece cada vez más incómodo, incluso acalorado. Se remueve en el sitio, cambiando el peso de una pierna a otra. Puede que esté arrepintiéndose de haber abierto su corazón de par en par, así que, esté segura o no de sus intenciones, tengo que lanzarme.

—La ropa está sucia. —Héctor me mira entornando los ojos, seguramente, valorando la posibilidad de salir huyendo y no volver a verme jamás, así que me apresuro a aclararle—: No estoy loca. Te lo prometo. No demasiado, al menos. Me refiero a que... bueno... no tenía ropa que tender. Esa ropa ni siquiera está lavada. Cuando bajé a comprar el anís para la lo... para mi vecina, Hamza me comentó que estabas en casa, así que corrí para subir. Pero entonces pensé en pasar por casa antes y arreglarme un poco. Me he pintado los labios y para que mi hija no sospechara, le dije que tenía ropa que tender. Pero no era verdad, así que saqué un puñado del cesto de la colada y... aquí estoy. En realidad, he subido todas las noches desde ese día, con la esperanza de que cumplieras con tu palabra.

Estoy respirando como si acabara de correr un par de kilómetros. También estoy algo acalorada y tengo la creciente sensación de estar quedándome sin aire.

Si he malinterpretado sus palabras, sentiré tanta vergüenza que me veré obligada a cambiarme incluso de apartamento. No podría pasarme el resto de mi vida tratando de esquivarle. Y odio las mudanzas. Con todas mis fuerzas.

Si, por el contrario, estoy en lo cierto y él siente algo parecido a lo que yo siento, estoy tan desentrenada que no sé si seré capaz de vivir con esta sensación de inseguridad constante.

—Siempre puedes... darme tu número de teléfono y yo puedo avisarte cuando venga a casa. Así puedes lavar la ropa con antelación para no engañar a tu hija.

Y entonces, como dos tímidos colegiales, sonreímos con las mejillas sonrojadas, agachando la cabeza al unísono y sonriendo.

—Ahora mismo no... —Héctor mueve los dedos, señalándonos a ambos con ellos—. Ya sabes... Sería peligroso... Por el virus y eso...

—Sí, claro, claro —me apresuro a decir—. Por supuesto.

—Pero todo saldrá bien.

—Creo que quiero que esas palabras sean ciertas. Más que nunca —confieso, mordiéndome el labio inferior.

—Yo también.

Parte 4: Todo saldrá bien

—¿Tenemos los resultados de las placas? —le pregunto a la enfermera, que me mira emocionada, asintiendo con la cabeza.

—¿Y son buenos?

—Compruébalo tú mismo —contesta tendiéndomelas, sin dejar de sonreír.

—Entonces, ¿funciona? ¿La vacuna funciona?

—La fiebre ha disminuido en el noventa y nueve por ciento de los casos, y las placas no muestran problemas respiratorios.

—¿Y el dolor? ¿Persiste?

—Sí, pero no más que en el caso de una gripe común.

—Pareces reacio a creerlo —interviene entonces Dani—. Llevamos semanas queriendo recibir estas noticias y ahora, ¿no te las crees? Es el sexto día seguido con más altas que ingresos. ¡Vamos! ¡Créetelo!

Dani pasa su brazo por encima de mis hombros y me estrecha contra su cuerpo.

—Todo ha salido bien —susurro e inmediatamente me acuerdo de Silvia.

Llevo días escribiéndome con ella, aunque no nos hemos vuelto a ver desde aquella noche en la que yo le confesé que me había devuelto las ganas de volver a casa y ella que subía a tender ropa sucia. Aún sonrío al recordarlo. Es una mujer especial, divertida y natural, y siento una especie de ilusión creciendo dentro de mi pecho.

—Eso está mejor —vuelve a decir Dani, aunque él no sabe que la causante de mi sonrisa es Silvia, no la vacuna.

Y lo cierto es que me siento algo culpable por ello. Tanto tiempo deseando que llegara este momento, soñando con cómo me sentiría, y resulta que me hace más ilusión una mujer que acabo de conocer y con la que he hablado en persona en un par de ocasiones.

—Hay varios medios de comunicación apostados en la puerta, deseando que algún médico salga a hacer alguna declaración...

Raquel, la responsable de Urgencias, nos mira a todos los médicos de la sala, esperando un voluntario. Yo, en cambio, solo pienso en una persona a la que darle la noticia.

Todo el mundo aseguraba que esta situación cambiaría a la sociedad, en general. Y yo también lo creo y espero. Me encantaría que esto lograra un cambio de mentalidad, que los gobiernos de todos los países se dieran cuenta de la importancia de destinar grandes partidas de dinero a sanidad e investigación en lugar de al ejército, que la gente empiece a valorar a los verdaderos héroes de nuestra sociedad, que logremos cambiar nuestros hábitos de consumo. Suena utópico, pero realmente sería estupendo.

Lo que nunca hubiera imaginado es que esto lograra cambiarme a mí. Nunca me imaginé con

volver a tener ilusión por hablar con una mujer, por volver a compartir con ella algo tan sencillo como una cerveza en una azotea. No creí que volvería a emocionarme al ver ese pequeño sobrecito en la pantalla de mi teléfono. Bárbara me hizo daño, me dejó tocado. Y después del divorcio no pensé que me recuperaría tan rápido.

—¿Y bien?

La voz de Raquel me devuelve a la sala de médicos en la que estamos reunidos. Seguro que no le faltarán voluntarios, e incluso ella misma podría hacerlo. Mientras, en lo único que pienso es en correr hacia casa, llamar a su puerta y darle la noticia. Quizá, a partir de esta noche, podamos subir al terrado con más asiduidad, aunque ninguno de los dos lo necesite para “respirar” como hasta ahora.

Y eso hago. Sin ningún remordimiento. Camino de espaldas, sonriente, bajo la atenta y atónita mirada de Dani.

—Me voy —susurro y él sonríe asintiendo con la cabeza.

Mientras conduzco mi moto de camino a casa, me fijo en que hay algo más de actividad en las calles. El gobierno dio la noticia de la vacuna y del aumento de pacientes dados de alta en detrimento de los contagiados, pero también pidió prudencia. Y, por una vez en mucho tiempo, contra todo pronóstico, la gente hizo caso.

Pero hoy es diferente. Aunque no hay grupos numerosos de gente, se respira otro ambiente. Se escuchan más risas procedentes del interior de las casas, y hay gente en los balcones aunque no sean las ocho. Puede que eso también haya cambiado. Que nos hayamos acostumbrado a convivir de diferente manera, más abiertos al resto, menos encerrados en nuestras casas, en nosotros mismos.

Aparco frente a mi portal, me quito el casco y subo corriendo los escalones hasta el sexto piso, pasando de largo mi puerta. A punto de llamar a su timbre, escucho una voz.

—¿Adónde vas?

Seguro que es la anciana con demencia.

—A ver a Silvia —respondo, dándome la vuelta y caminando hacia su puerta, a pesar de que soy consciente de que no abrirá.

—¿Para qué? ¿Tramas algo?

—Puede —me descubro contestando.

—Ojito porque es amiga mía. —Apuesto a que Silvia no creerá nunca que haya dicho eso. Lo que es capaz de arreglar el alcohol, pienso—. Que no se te ocurra hacerle daño.

—Lo tendré en cuenta.

—Estaré aquí vigilándote.

—Lo veo justo —contesto, antes de darme la vuelta y volver a acercarme a la puerta de enfrente.

Cuando llamo al timbre, carraspeo para aclararme la voz y muevo los hombros para desentumecer los músculos e intentar relajarme.

—¿Quién es? —pregunta una voz juvenil, la de su hija.

—Soy Héctor. ¿Está tu madre en casa o...?

—Sí está. ¿Qué Héctor?

—El vecino del cuarto primera.

—¿Y qué quieres?

—Hablar con tu madre.

—¿De qué la conoces?

—Eh... Tendemos juntos en el terrado.

Empiezo a perder la paciencia, aunque no quiero demostrarlo para no asustarla. Afortunadamente, Silvia parece hacer acto de presencia, porque la escucho al otro lado de la puerta.

—¿Qué haces, Alex?

—Hablar con el vecino del cuarto primera.

—¿Qué? —pregunta mientras abre la puerta de sopetón.

Cuando nuestros ojos se encuentran, se peina el pelo hacia atrás y se alisa la camiseta con la otra mano mientras echa rápidos vistazos hacia su espalda, muy nerviosa. Seguro que no le ha comentado nada a su hija acerca de nuestra... ¿relación? Ni siquiera yo mismo sé cómo catalogar esto que ha surgido entre ambos, así que entiendo que no lo haya compartido con una adolescente que ya la odia suficiente, sin necesidad de ayudas externas.

—Hola —la saludo, sintiéndome muy observado no solo por Silvia, sino también por su hija y por la vecina de enfrente, que seguro que no ha despegado el ojo de la mirilla de la puerta.

—¿No... estás en el hospital?

Silvia está nerviosa, como demuestra la obviedad de su pregunta. Yo también lo estoy. Sé que puede ser un paso muy importante, que tiene las mismas probabilidades de mejorarlo todo como de fastidiarlo para siempre.

Pero realmente creo que algo ha cambiado, y quiero pensar que para bien. Para muy bien. Así que, a pesar de estar cagado de miedo, me decido a dar el paso.

Y lo doy. Recorro en un par de pasos ese metro de distancia que hemos estado guardando desde que nos conocimos y que nos hemos confesado varias veces que estábamos deseando romper. Y lo rompo apretando mis labios contra los suyos y agarrándola con firmeza de los brazos. Sintiendo cada vez más cómodo, muevo una mano hacia su nuca y con el otro brazo rodeo su cintura para apretarla contra mí. Me separo de ella al cabo de un rato, aunque no soy capaz de cuantificarlo. Y lo primero que hago es mirarla a los ojos para ver su reacción.

—¿Todo ha salido bien? —Asiento, incapaz de dejar de sonreír—. O eso o ahora mismo me has contagiado.

Se me escapa la risa.

—Incluso en ese caso, todo saldrá bien.

—Entonces, ¿se acabó?

—O empieza, según se mire.

—¿Ya no estamos hablando del virus, verdad?

—No. Me apetece hablar de otras cosas. ¿Y a ti?

No me responde, sino que vuelve a pegarse a mí. Porque seguro que cambiarán muchas cosas, pero lo que no lo hará serán nuestros abrazos. Y si aparece otro virus con intención de acabar con ellos, volveremos a luchar para encontrar otra vacuna que nos los devuelva.



Un hombre difícil

Palmer, Diana

9788413075334

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo.

Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella.

Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?

"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento".

The Romance Reader

"Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser".

Aff aire de Coeur

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Donna Sterling

**Sola con
un extraño**

e^{lit}



Sola con un extraño

Sterling, Donna

9788413077123

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos.

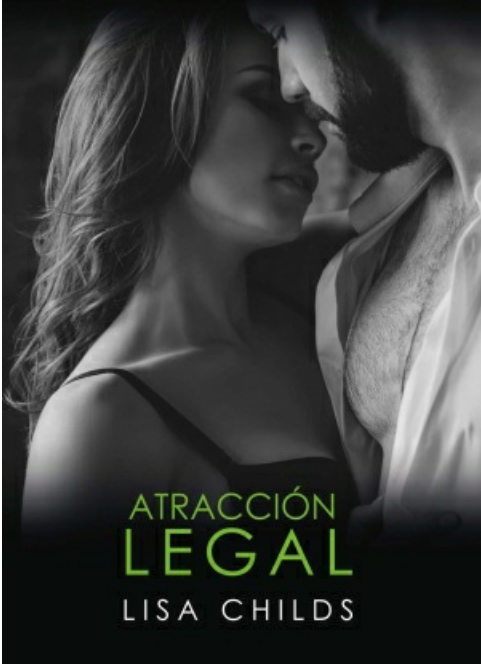
Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo.

¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



ATRACCIÓN
LEGAL

LISA CHILDS

Atracción legal

Childs, Lisa

9788413075150

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

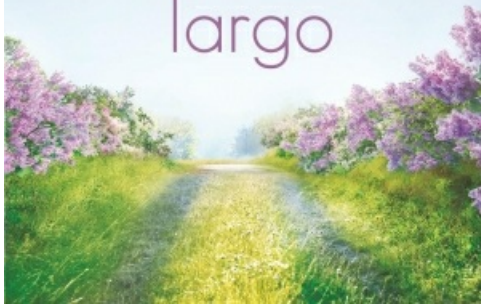
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora *best seller* de *The New York Times*

SHERRYL WOODS

el viaje
más
largo



El viaje más largo

Woods, Sherryl

9788413075235

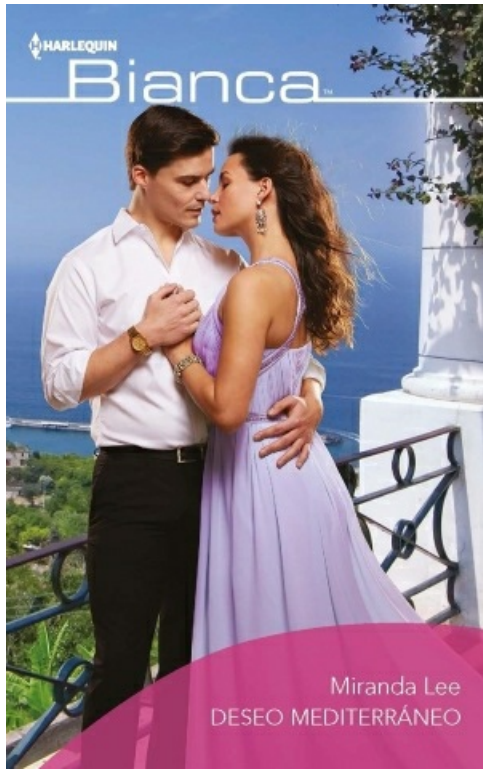
368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar.

Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Miranda Lee
DESEO MEDITERRÁNEO

Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Verónica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Verónica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)